



Año I.

Madrid 20 de Abril de 1924

Núm. 9.

## LA GUERRA DE LOS ANIMALES O EL ORGULLO VENCIDO



Antes de tirarse los trastos a la cabeza, se impuso la razón y decidieron enumerar cada uno sus méritos, con el fin de otorgar el mando de los ejércitos al que acreditase ser el más inteligente y el más fuerte...

El león tomó la palabra:

—Y—dijo atusándose las despeinadas y rubias melenas—me considero con más atributos que nadie para asumir el mando, no solo por ser el más carnicero, el más fuerte, el más temido y el más hermoso, que todo hay que decirlo, sino porque el Hombre me considera como el rey de los animales.

No terminó de decir aquello. El elefante rugió, herida su vanidad. El dijo que era en realidad por el tamaño el más grande, y en cuanto a poder, como si fuera poco la trompa, la Naturaleza le dotó de colmillos.

El águila, batiendo las alas temerariamente como si fuese a caer desde lo alto sobre una indefensa e incauta liebre, recordó a todos que si el león era, en efecto, el rey de la selva, en la tierra, ella lo era en el aire.

La ballena, lanzando por sus conductos respiratorios dos surtidores de agua como dos fuentes, hizo presente a todos que ella también tenía el privilegio de un reinado, el del mar, y, que ningún pez, ni ningún otro animal

podía disputárselo, y que su poder era tal, que era capaz de hacer naufragar a un gran trasatlántico de un aletazo...

Convinieron, pues, en descartar del mando a todos, y otorgárselo a los tres más poderosos animales, que asumían cada uno un reino. El león el de la tierra, el águila el del aire y la ballena el del mar.

Grandes aplausos acogieron aquella sabia determinación, ya que, evitando terribles disputas y rivalidades, no correría la sangre...

El león, pues, nombró su secretario y lugarteniente al elefante. El águila al cuervo y la ballena al pez espada...

Con el fin de revestir al nuevo ejército de la mayor solemnidad, acordaron por unanimidad imitar a los hombres, uniformando a sus ejércitos, y armandolos de fusiles y cañones, acorazados, submarinos, aeroplanos, bombas de mano y gases asfixiantes... empleando también trincheras y alambradas.

Había que prepararse bien y tomar todo género de cautelas, pues aunque ellos eran fuertes, muy fuertes, y sus enemigos eran los despreciables animales pequeños, era peligroso olvidar que entre sus contrincantes, entre otros animales astutos, estaba el zorro, al cual no convenía en ningún momento, y bajo ningún pretexto, perder de vista...





# Regalos de CAPERUCITA

En el sorteo verificado correspondiente al número anterior, ha sido agraciado el

# 11.526

El afortunado poseedor del ejemplar que lleve este número, en el cupón que insertamos en última página puede comunicarnos su nombre, apellido y residencia (población, calle y número) para enviarle nuestro regalo, previa presentación de dicho cupón.

## COMO SE PESCA A UN LADRON EN AMERICA

El "gachí" del reloj, acababa de robar éste del piso bajo. Echó a correr en el preciso momento en que levantaban un sofá con destino al piso segundo. Y ver al mejicano, disparando a tiempo, rompiendo la cuerda y haciendo caer sobre la chorla del caco la pesada mole del sofá. Está visto que en todas partes estas cosas de relojes, lo peor es que se rompa la cuerda.



## UN ROMPECABEZAS QUE SE PUEDE RESOLVER SIN ROMPERSELA

Ya sabéis qué es lo primero que hay que hacer con estos dibujos recortables: pegarlos a una cartulina. En seguida, justificar su nombre, o sea, recortarlos. Recortad, igualmente, los espacios cuadrados de la Fig. 2, señalados con una crucecita y doblad los lados de esta figura por las líneas de punto. Introducid la fig. 1 en la fig. 2, como indica la fig. 3. Luego, no queda más que correr la fig. 1 dentro de la fig. 2 un poquito a un lado y otro, y veréis, unas veces, a un chuchito y a un loro mirándose con cara de pocos amigos, y otras veces, unos cojines estupendos, dignos del palacio del Shah de Persia...

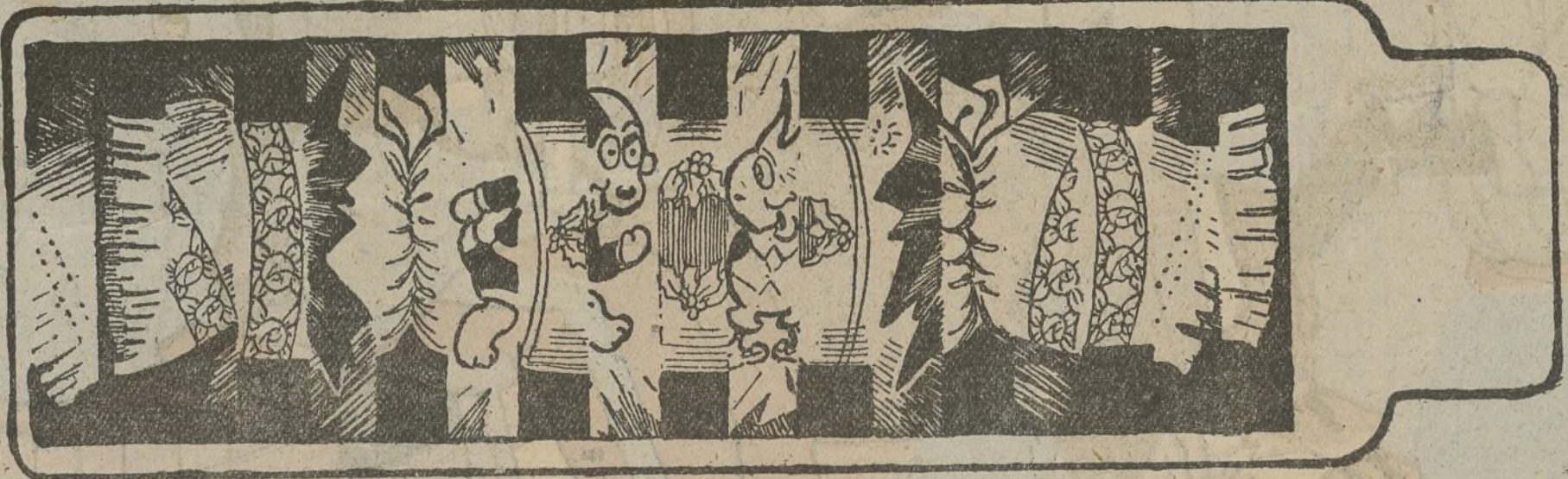


Fig. 1.ª

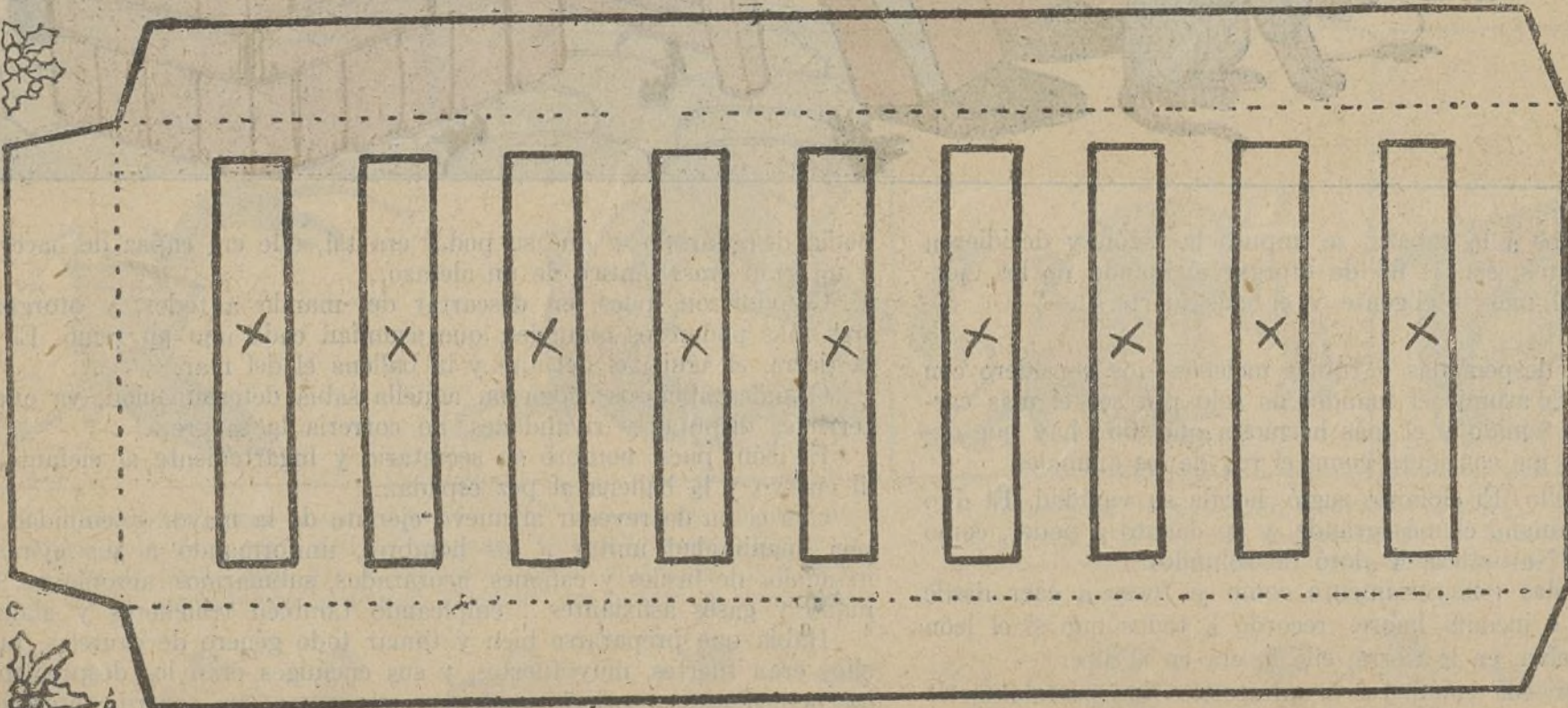


Fig. 2.ª

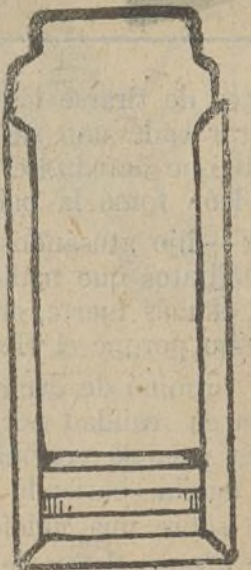


Fig. 3.ª

## EL CINE DE «CAPERUCITA». — PELUQUIN Y EL GUARDIA



Respetable público: Al frente se verá al travieso Peluquín pintando de negro un blanco en la puerta trasera de una Comisaría de barrio. Ved, señoras y señores, cómo dispara su flecha, y ved cómo su flecha hace añicos el farol del guardia que está de idem detrás de la puerta. Y menos mal que dió en el farol, que si da en la puerta trasera —no de la Comisaría, sino del guardia— el infeliz hubiera visto y contado todas las estrellitas del cielo, que son más de cuatro,



según dicen. El jacarandoso guardia, naturalmente, corre tras el causante de su obscuridad posterior. Mientras corre se quita la correa de reglamento dispuesto a dar a Peluquín una paliza completamente reglamentaria. Pero... ¡que te cres tú eso! Mirad a Peluquín introduciéndose como... otra flecha, por la parte inferior de un tablero de la valla, y dándole al guardia con la parte superior del mismo un golpe tan fenomenal en la cabeza que, a poco más, se la



vierte en pasta para churros. ¡Bueno! ¡Para qué! ¡Y que no se ríe nada Peluquín, que, dicho sea de paso, tiene de golfo, no ya un rato largo, sino toda una eternidad! Tanto y tanto se ríe, que se le va el santo al cielo y no se da cuenta de que el guardia asoma por la valla y se dispone a cazarle... ¡Recontra, señoras y señores, que le cazó! Pero la suerte vela por Peluquín. Y prueba al canto... Al levantar el guardia el brazo para ponerle el... «toma asiento» a una temperatura



de altos hbrnos, mirad, se engancha la hebilla de la correa en el cubo que veis tras la valla, y es el mismísimo cubo el que se encaja de terminar la película, disparándose sobre la «azotea» del guardia y dando lugar a que Peluquín se disponga a tomar carrera, no sin antes decirle: —Nada, guardia, no se moleste... ¡Por mí no se descubra!... (De «Chips.»)



Marzaván, al final de su entrevista con la princesa, le aseguró que emprendería un largo viaje para ver si lograba dar con el joven de sus sueños. Al día siguiente embarcó, y quiso la casualidad que un mes después, precisamente, la nave en que navegaba naufragase a la vista del puerto de la isla en donde se habían trasladado el príncipe Camaralzamán y su

padre, el rey. Marzaván llegó, nadando, al pie del castillo del rey Scharzamán, en donde fué generosamente socorrido. El Gran Visir, encantado de su simpatía y de su ingenio, le dijo: —Ojalá hubieséis aprendido en vuestros viajes algún secreto que pudiese curar a un augusto enfermo, que, con su dolencia, desde hace tiempo entristece a la corte.— A con-

tinuación contóle cuanto se refería a la enfermedad del príncipe. ¡Figuraos la alegría de Marzaván al darse cuenta de que hallábase en el lugar donde vivía el príncipe a quien él buscaba. En cuanto hallóse a solas con Camaralzamán, le dijo que la princesa por quien suspiraba era la princesa Radourah, hija de un rey de China que se llamaba Giaur. —Os



aseguro, alteza—le dijo—, que ella suspira por vos con tanta ternura como vos por ella. Cuando el rey Scharzamán entró en el dormitorio de su hijo, halló en éste tan extraordinaria mejoría, que, loco de contento, ordenó que se celebraran ruidosas fiestas populares, y se diera libertad a la mayor parte de los presos. El príncipe y Marzaván acordaron pedir per-

miso al rey para ir unos días de caza, permiso que aprovecharían para escapar del reino e ir a los Estados del Rey de China, y presentarse a la princesa Radourah. Tal como lo pensaron lo hicieron. Al llegar al término de su viaje, Marzaván aconsejó al príncipe que se vistiese de astrólogo y se presentase en el palacio del rey, con la pretensión de que iba a cu-

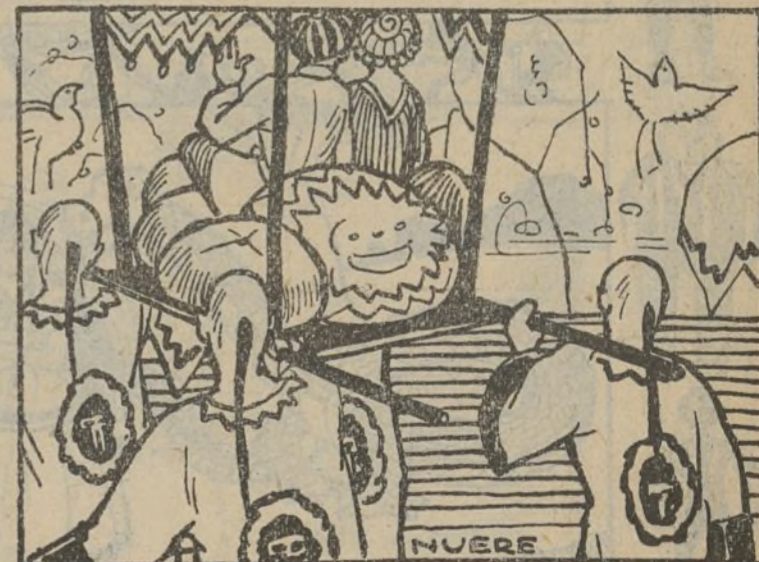
rar a la princesa. Camaralzamán obedeció y, aunque los guardias de palacio le aconsejaron desistiera de su propósito, porque ese intento ya había costado la cabeza a muchos magos y sabihondos, él insistió con tanta energía que le dejaron pasar. El rey Giaur, desde luego, no se opuso a que el nuevo astrólogo fuera introducido en la estancia de la princesa para pro-



bar su sabiduría. Camaralzamán, al llegar a la antecámara, dió un papel al esclavo que le había acompañado hasta allí, y le ordenó que lo entregase a la princesa. ¡Qué emoción, qué alborozo el de Radourah, al ler que en la antecámara le estaba aguardando el bello príncipe de sus sueños! Sin perder un segundo se dirigió a la antecámara. Al hallarse fren-

te a frente los dos enamorados, sin poder hablar—tan grande era su alegría—se miraron largo tiempo, admirándose de que pudieran volver a verse después de la primera entrevista, nada de lo relacionado con la cual podían comprender. La nodriza, que acudió detrás de la princesa, los hizo entrar en la cámara. Entretanto, el esclavo se había apresurado a ir a

comunicar al rey de China cuanto acababa de suceder. El rey, naturalmente, corrió al lado de su hija. La besó, besó al falso astrólogo, cogió su mano y, depositándola en la de la princesa, le dijo: —Extranjero, quien quiera que seas, cumplo mi promesa y os doy por esposa a mi hija. Me basta miraros con algún detenimiento al rostro para persuadirme de



que no sois lo que pretendéis ser. El príncipe Camaralzamán le dió las gracias y le dijo que, en efecto, no era astrólogo, pero que había fingido serlo para merecer la confianza del más alto monarca de la tierra. —Soy príncipe—prosiguió—, hijo de reyes. Mi nombre es Camaralzamán, y el de mi padre Scharzamán. El reino de mi padre es el conocido bajo el nombre del reino de los hijos de Kaledan. Después

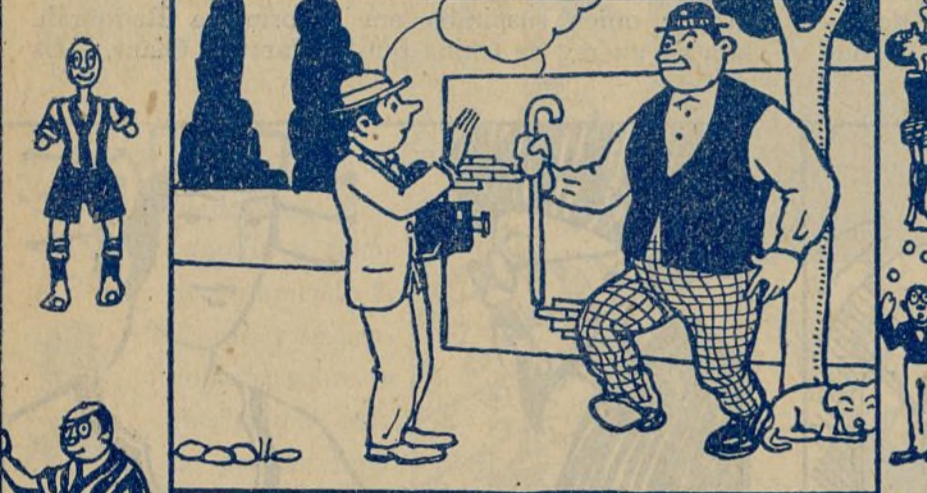
le contó su historia y el origen maravilloso de su amor, idéntico al origen del amor de la princesa. Ambos se patentizaban con el cambio de las sortijas. Cuando el príncipe Camaralzamán hubo acabado, exclamó el rey: —Una historia tan extraordinaria merece que sea conocida por la posteridad. Yo haré que sea escrita y después que el original quede en depósito en los archivos de mi reino, la haré publicar, a

fin de que pase de mis Estados a todos los demás Estados de la tierra. La boda se celebró el mismo día y hubo fiestas y holgorios en toda la extensión de la China. Marzaván no fué olvidado: el rey le dió entrada en su corte, confiándole un alto cargo y prometiéndole confiarle en lo porvenir otros de mucha más alta consideración.

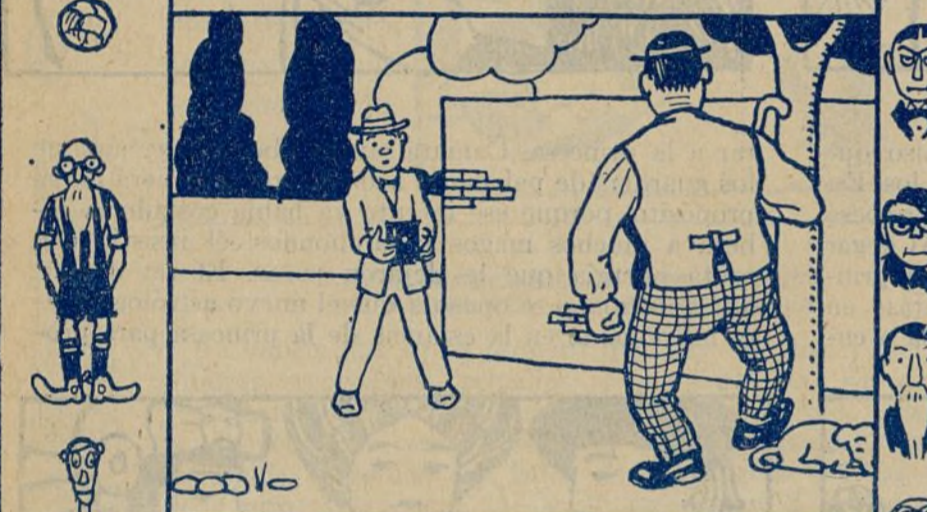
Fin.



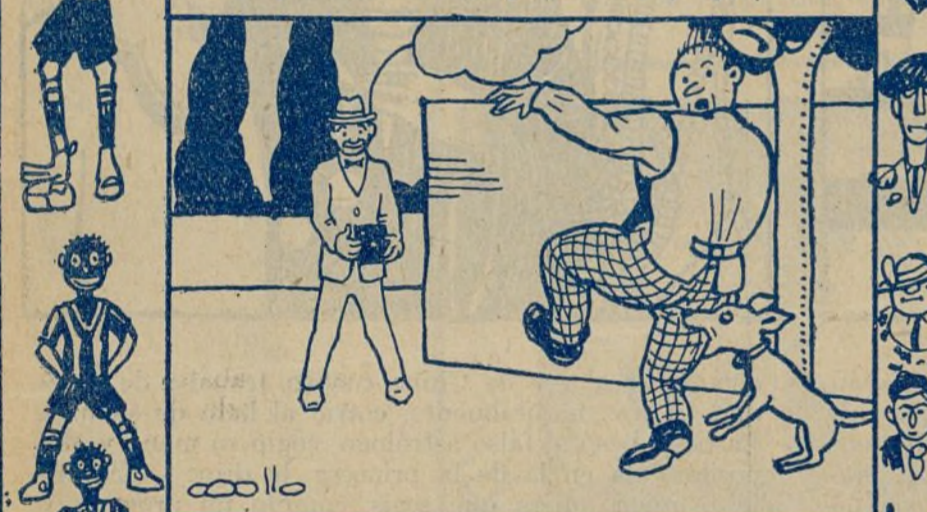
El fotógrafo Perico Pla sale a la calle dispuesto a enfocar un asunto de actualidad para ganarse unas pesetas enviándolo a cualquier revista



semanal; pero no contó con que iba a tropezar con un tío muy bruto que se empeñó en que tenía que hacerle una fotografía. Como le ame-



nazaba con la mano, no tuvo más remedio que complacerle. A los pies del bruto estaba su perrito, que dormía tranquilamente y que, al ser



despertado tan bruscamente por el pisotón de su amo, le atizó un mordisco en la región glútea al mismo tiempo que el fotógrafo decía: ¡Ya está!



—¡Te parece que le gustará al profesor mi trabajo?

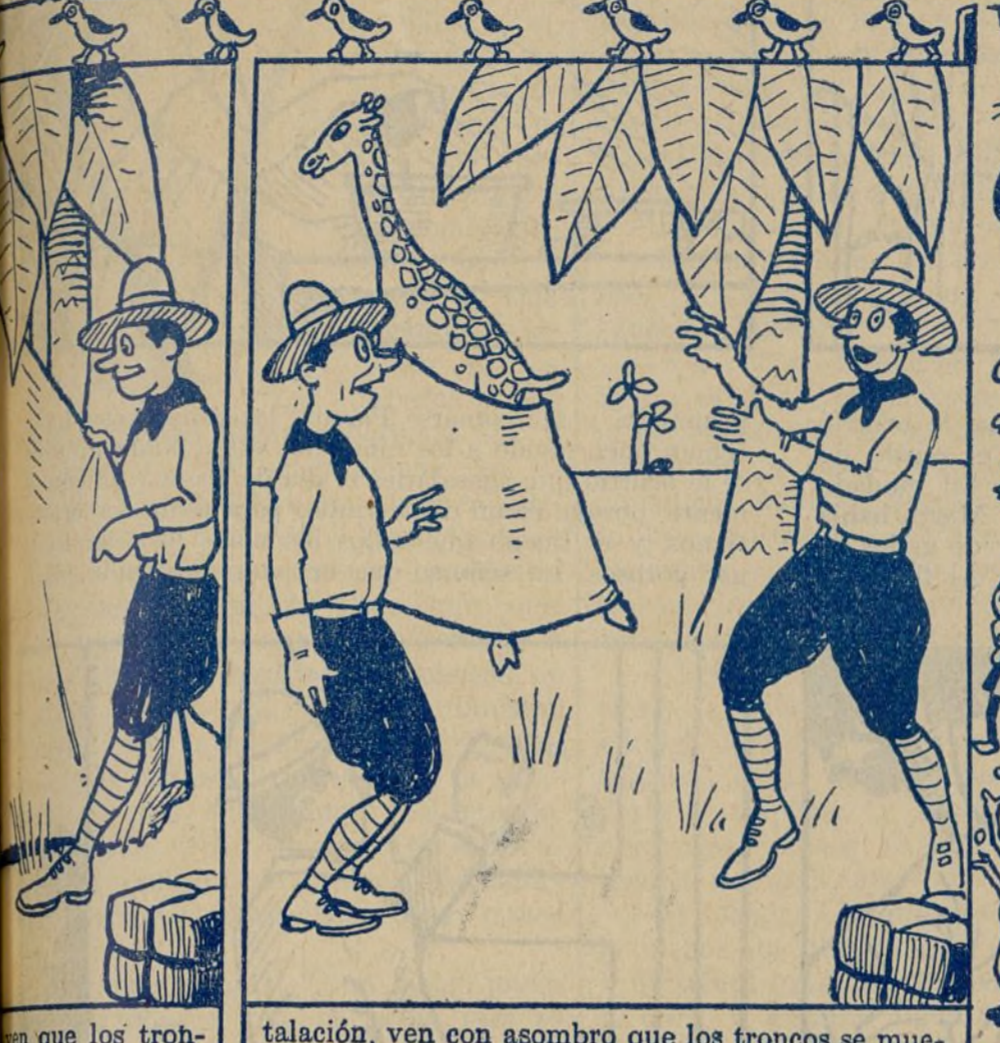
—¡Ya lo creo! Yo lo he hecho mucho peor y me han dado una oreja...

### UNA SORPRESA DESAGRADABLE



Jack y Billy encuentran un sitio apropiado para instalar la tienda de campaña y poder descansar después de haber realizado sus explotaciones. Con gran satisfacción ven con asombro que los troncos de las palmeras se mueven lentamente, y que resultan ser las patas de una jirafa que sale trotando.

### EL CAZADOR CAZADO



Por temor a que el perro no se fuera muy lejos cuando viera una liebre, este cazador furtivo amarró al cuello del chuchito una cuerda que al aparecer una liebre iría soltando poco a poco. De pronto apareció una, que sin duda estaba amaestrada, porque se dió a dar vueltas alrededor del cazador, perseguida por el perro; tantas vueltas dieron que no tardaron en convertir al cazador en un muñeco sin brazos, dando tiempo al guarda de presentarse con toda tranquilidad, deteniéndoles por cazar sin licencia y en sitio vedado.

### LA SERPIENTE DEL RAJAH



El rajah Malajah, gran aficionado al boxeo, encuentra el procedimiento más sencillo para armar un punch-ball, gracias a su serpiente, que se presta voluntariamente a tragarse un balón y recibir todos los tortazos que le arre el rajah

### EL FENOMENO Y EL MIOPE



El matador de novillos "Maleta" adopta una postura digna de un fenómeno. Cuando se retiró agradecido el torero, creyendo que le consideraban como a un "as" el fotógrafo se dió cuenta de la plancha que había cometido. ¡No era fenómeno!

### LA MUERTE DEL DRAGON



La princesa Rosalía estaba en poder de un terrible dragón, que era el terror de la comarca. El rey ofreció la mano de su hija al que se libertase de su prisión. El joven Gumerindo, cabalgando en su caballo blanco, salió trotando dispuesto a volver con la princesa y ganarse el premio ofrecido por el rey. Pero en cuanto el caballo divisó de lejos la figura del dragón que custodiaba la entrada de la cueva, se echó a correr y decidió volver sin luchar con su fiero enemigo. La posición en que se encontraba el dragón le inspiró una idea; aprovechando un descuido pasó de un salto por el aro que formaba con el cuerpo, logrando de esta forma que se hiciera un nudo, dejándole inutilizado para cualquier movimiento agresivo y ya sin cuidado, de un par de sablazos dejó al dragón sin cabeza, logrando salvar a la princesa de las garras de su feroz carcelero.

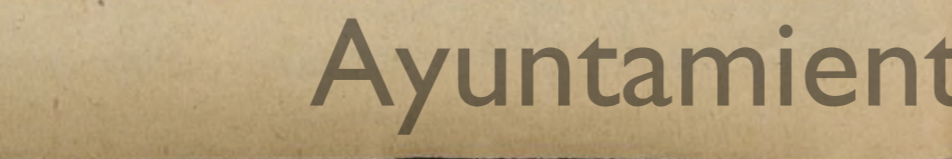
### EL RALLY



### EL CAZADOR CAZADO



### LA MUERTE DEL DRAGON



### EL FENOMENO Y EL MIOPE



El matador de novillos "Maleta" adopta una postura digna de un fenómeno. Cuando se retiró agradecido el torero, creyendo que le consideraban como a un "as" el fotógrafo se dió cuenta de la plancha que había cometido. ¡No era fenómeno!

### EL CAZADOR CAZADO



Por temor a que el perro no se fuera muy lejos cuando viera una liebre, este cazador furtivo amarró al cuello del chuchito una cuerda que al aparecer una liebre iría soltando poco a poco. De pronto apareció una, que sin duda estaba amaestrada, porque se dió a dar vueltas alrededor del cazador, perseguida por el perro; tantas vueltas dieron que no tardaron en convertir al cazador en un muñeco sin brazos, dando tiempo al guarda de presentarse con toda tranquilidad, deteniéndoles por cazar sin licencia y en sitio vedado.



Un día, el viejo Kuno regresó de uno de sus viajes con un gallo y ocho hermosas gallinas. No hay palabras para expresar la admiración de todos los aldeanos—chicos y grandes—al ver aquellos "pájaros de un tamaño tan enorme". La dama desconocida no sabía cómo pagar las atenciones que para con ella te-



nían todos los habitantes del valle. Y se le ocurrió que nada agradecerían ellos más que el regalo de unas cuantas gallinas. Así, pues, tuvo tal cuidado con las polladas, que hacia mediados de Marzo había ya reunido mayor número de gallinas y de gallos de los que ella necesitaba para su hogar. Al llegar la



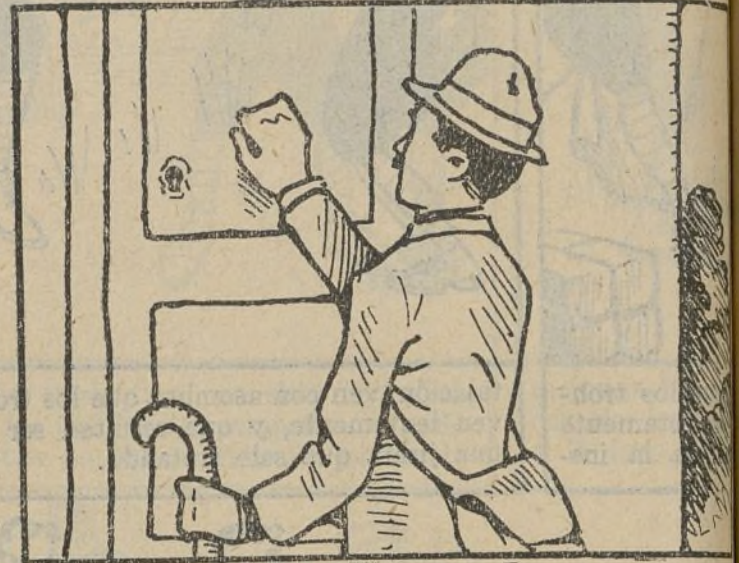
primavera y aproximarse Pascua, la dama quiso hacer un buen regalo a los niños del valle. Nada mejor se le ocurrió que agasajarles el día de Pascua precisamente, porque es un día hermoso para todos los cristianos, y es bueno que todos los niños lo vean llegar gozosos. La señora, que era muy instruída, sa-



bía hacer tintes con algunas hierbas y raíces. Hirvió una gran cantidad de huevos, y los tiñó de diversos colores, y escribió en cada uno de ellos una sentencia moral. Los niños del valle fueron invitados a almorzar el día de Pascua en casa de la dama desconocida. Todos acudieron alborzados, y, después de calmar un poco el apetito, la dama les contó la Pasión y



Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y su Resurrección el día de Pascua. A continuación les rogó que la acompañaran a dar un paseo por el bosque. ¡Imagínalos la escandalosa alegría de los niños al ver, alrededor de unos cuantos árboles, unos preciosos nidos con seis huevos de diversos colores dentro de cada uno! No hay que decir que aquella agradable



sorpresa había sido preparada con anticipación por la dama y el viejo Kuno. En cada nido había una cartulina con el nombre de uno de los niños, indicando que a cada niño correspondía un nido y sus seis huevos. Cada huevo tenía escrita una sentencia moral diferente. Pero esta: "Debemos ayudarnos unos a otros" figuraba en uno de los seis huevos de todos los nidos.



Ocurrió que una tarde, pocos días después, un joven llamó a la puerta de la cabaña de la dama desconocida. Era un viajero que volvía a su aldea, que se hallaba a bastantes kilómetros del valle. Como venía hambriento y cansado, cenó y durmió allí aquella noche, y, a la mañana siguiente prosiguió su jornada, con una provisión abundante de huevos y pan.



Uno de los huevos también tenía escrita la sentencia: "Debemos ayudarnos unos a otros". El joven caminó tres días, al cabo de los cuales llegó a una venta en donde pidió un vaso de vino. Al abrir su paquete de huevos, un pobre señor, con aspecto de mendigo, que en un rincón estaba sentado, se extrañó de que en uno de ellos estuviese inscrita una sen-



tencia. Le pidió permiso para leerla, el joven se lo concedió, y el mendigo, apenas leída, elevó los brazos al cielo, y exclamó: "¡Dios mío, qué grande es tu misericordia!" Entonces, contó al joven y al ventero quién era. Se llamaba Augusto Brendal, y había tenido que huir de su país a causa de una revolución que había estallado en él hacía dos meses. Al estallar



aquella lo primero que hizo fué poner en salvo a su mujer y a sus dos hijos. El, después, disfrazado, logró atravesar la frontera de su patria. —Hace mes y medio que nada sabía de mi mujer y mis hijos—siguió diciendo—. Ya desconfiaba de averiguar su paradero, cuando en la sentencia de este huevo de Pascua acabó de reconocer la letra de mi amantísima es-



posa. No me cabe duda. ¡La dama caritativa que os ha dado estas provisiones es la madre de mis hijos!—Como ya había anochecido, creyó lo más prudente aguardar al siguiente día para ponerse en camino hacia el valle, cuya situación le explicó el joven con tanta minuciosidad, que no era posible extraviarse. Poco tardó en dar con la casa que el generoso moli-



nero había puesto a la disposición de su esposa y sus dos hijos. ¡No es posible expresar la alegría de aquel encuentro familiar, preparado, sin duda alguna, por la Divina Providencia, como pago a la devoción con que la dama quiso festejar la cristiana efeméride de la Pascua o Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo!

Fin.

## El fogonero de Lucifer

I



**V**IVIA una vez, en un pueblo, un músico ambulante, hombre bueno si los hay, pero desordenado como ninguno. Se pasaba la vida jugando a los dados en la taberna. En

cuanto ganaba algún dinero, se iba a la taberna y allí se lo dejaba por su maldita pasión del juego. ¿Que se quedaba sin un maravedí? Pues cogía su violín y se ponía a tocar por los caminos y las calles del pueblo. Os aseguro que daba pena verle, siempre miserable, a veces andando descalzo, en mangas de camisa, hiciese sol, nevase o lloviese. Bueno, pues a pesar de todo, Cristóbal—que así se llamaba—era la criatura de más buen humor del mundo. Había que verlo con su cara sonriente y su sombrero de grandes alas, adornado grotescamente con unas ramas de laurel.

Pero un día murió, y un diablo joven novicio todavía, que hacía un mes se desesperaba por encontrar un alma que llevar a su rey Satanás, se enteró, por casualidad, de que Cristóbal iba estirar la pata, se puso a su cabecera y, en cuanto la estiró, se echó al pobre músico a la espalda y se lo llevó al Infierno.

Era, precisamente, la hora en que los demonios volvían de cazar almas por el mundo, y Lucifer se hallaba sentado en su trono para verlos llegar. A medida que iban llegando, los demonios depositaban a sus pies la caza del día. Lucifer les hacía unas cuantas preguntas, y, en seguida, ordenaba que los echaran en la caldera.

Cuando pasó la hora, ordenó que se cerraran todas las puertas y preguntó si estaba dentro todo el mundo.

—Sí—respondió alguien—, excepto un pobre diablo, toño de la cabeza, que salió hace un mes en busca de condenados, y que, probablemente, tampoco volverá hoy, porque no le veamos llegar con las vacías.

Acababa apenas el diablo burlón de decir esto, cuando llegó el pobre diablo de marras con su músico a cuestas.

—Acércate—dijo Lucifer a Cristóbal—. ¿Qué eres tú? ¿Ladrón? ¿Juez? ¿Tendero?

—No, señor—respondió Cristóbal—. Soy... es decir, era músico ambulante, y, sin inmodestia, sé de música un rato larguísimo. A pesar de todo, he pasado mucha hambre. Pero, en fin, puesto que va usted a encargarse de mi alojamiento aquí abajo, yo tocaré y cantaré lo que usted quiera, para pagarme así, en cierto modo, el alquiler.

—¡Voto a mil truenos!—rugió Lucifer—. ¡Música! ¡Música! ¡No me faltaba otra cosa! Escucha: ¿ves esa caldera? Bien. Pues ya puedes desnudarte y empezar tu función de fogonero. Desde ahora, te encargo de mantenerla siempre encendida.

—Sí, señor. Con mucho gusto. Por lo menos, no tendré frío.

Cristóbal puso en seguida manos a la obra, y durante algún tiempo cumplió su misión admirablemente bien.

Pero un día, tuvo Lucifer que convocar a toda su gente para bajar con ella a la tierra a hacer una gran batida. Antes de partir, llamó al fogonero y le dijo:

—Vamos a salir. Bajo tu custodia dejo a todos mis prisioneros. ¡Ay de ti si, al volver, me falta uno solo!

Y salió el ejército infernal.

II

Este era el instante que aguardaba San Pedro. Desde lo alto del cielo había oído a Satanás y se dispuso a aprovecharse de su partida. En cuanto sa-

lieron los demonios se disfrazó, se puso una barba negra muy larga y unos bigotes descomunales, bajó al infierno y en cuanto vio a Cristóbal, le dijo:

—¡Hola, buena pieza! ¿Qué? ¿Vamos a echar una partida a los dados?

Al mismo tiempo, le mostraba una bolsa llena de monedas de oro.

Cristóbal replicó:

—Pero, hombre, por Dios, ¿qué quieres que me juegue, si no tengo encima más que esta porquería de camisa rota?

—Mira, una cosa—le propuso San Pedro—. Yo me juego mi dinero, en buen oro, y tú te juegas unas cuantas almas de condenados.

—Eso sí que no. Pues poco que me lo advirtió mi amo, al irse.

—Pero, ¡idiota! ¿Cómo va a enterarse? ¿Tú crees que es posible, entre tanta gente, advertir si faltan unos cuantos?

Cristóbal se deshacía mirando los dados y el cubilete. Por fin, no pudo resistirse más, y consintió en empezar la partida. Ahora que... no se jugaría más de un alma cada vez.

Se sientan los dos cerca del horno y empiezan a jugar. Pero San Pedro jugaba que daba gusto, y no hacía más que ganar. Cristóbal, desesperado, dobló las apuestas, y luego, las triplicó, y cuadruplicó... ¡Y nada! ¡Allí no ganaba nadie más que San Pedro!

No concibiendo tanta buena suerte, se enfadó y dijo al apóstol que era un malandrín y un fullero. El apóstol le desmintió. Total, que acabaron por cogerse de las barbas y darse unos cuantos mamporros. Afortunadamente, San Pedro era el más fuerte, y Cristóbal, después de recibir una buena tunda, no tuvo más remedio que pedir la paz. Propuso recomenzar la partida, y con tal de que la anterior se diese por no jugada, ofreció a San Pedro que, si ganaba, podría él mismo elegir de la caldera los condenados que más le agradasen.

Puestos de acuerdo, volvieron a jugar,

y esta vez, como la anterior, fué desastrosa para el pobre músico ambulante. ¡Cómo se tiraba de los pelos! Cambió de sitio, jugó cien, mil condenados a la vez... ¡Todo inútil! Al fin, San Pedro se acercó a la caldera para llevarse lo mejorcito que allí había. ¡Cuántas súplicas! ¡Cuántos gritos! ¡Todos querían ser los elegidos! Cristóbal, en vista del escándalo, dijo a San Pedro que estaba dispuesto a desquitarse y a jugarse el resto de los condenados.

El santo no deseaba otra cosa. Jugaron y no tengo que decir quiénes volví a ganar. Y Cristóbal tuvo que resignarse a ver cómo San Pedro se llevaba a todos, absolutamente a todos, los condenados al Paraíso.

III

Horas después volvió Lucifer con toda su gente. ¡Cómo se puso al ver su horno apagado y su caldera vacía!

—¡Bandido!—dijo a Cristóbal—. ¿Qué has hecho de mis prisioneros?

—¡Señor, tened piedad de mí! ¡Voy a decirlo todo!

Y contó todo lo ocurrido, y hasta añadió que lo que más le irritaba era tener tan mala suerte en el infierno como en la tierra.

Lucifer, saltaba de ira:

—¿Quién ha sido el rinoceronte que me ha metido en casa a un jugador, maldita sea su estampa? ¡A ver! ¡Que me lo traigan y le den en mi presencia doce mil palos!

Cogieron al pobre diablo, y le dieron una que no queráis saber.

Cuando acabó el vapuleo, ordenó Lucifer:

—Y ahora echadme de aquí a este músico y que se vaya con la música a otra parte. ¡Un jugador no se enmienda ni en las calderas de Pedro Botero!

¡Figuraos la prisa que se dió Cristóbal en obedecer la orden y en presentarse en el Paraíso, cuyas puertas le abrió San Pedro con muchísimo gusto!

## El bastón del padre y el cordero del hijo...

I



**L** padre de Pepito ha vuelto a casa con un bastón nuevo. La madre no parece muy satisfecha... ¡Con lo cara que está la vida!... El padre la deja murmurar un poco, sonriendo, y luego dice:

—Vaya, no te sofoques. No lo he comprado. He hecho un cambio con Torralba. Le he dado a él el mío y él me ha dado a mí el suyo. Bueno, el negocio ha sido estupendo, porque este vale mucho más que el otro... ¡Pobre Torralba! Nació y morirá tonto de caprote!

II

Horas después, Pepito juega en su balcón con el último juguete que le ha comprado su padre: una ovejita. Ahora que la pobre está bastante estropeada, lo que no le impide balar y correr... si se le tira de una cuerda.

De pronto, he aquí que, detrás de la reja que separa el balcón de Pepito del vecino, aparece un niño: es muy chiquitín, muy rubio; a no ser por sus pequeños pantalones se le pudiera confundir con una niña. Lleva en brazos un juguete que figura un oso pardo. Pepito se interesa mucho por este pequeñín que ve por vez primera, que debe haberse mudado al piso de junto hace muy poco tiempo, y trata de atraer su atención.

—¡Hupa! ¡Hupa, corderito!—exclama—. ¿No quieres correr más? ¡Bee!

¡Bee! ¡Uy, qué bien bala mi corderito!

El nene rubio le mira, pero no despega los labios. Pepito se convence de que, si no le aborda con toda franqueza, el nene no va a decir esta boca es mía.

Se decide y le pregunta: —¿Cómo te llamas?

—Me llamo Bibí—contesta el otro con timidez.

—¿Qué nombre más precioso! Bibí no se llama ningún hombre.

—Yo no soy un hombre. Yo soy un nene.

—¡Ah, ya! ¿Es tuyo ese oso?

—Sí, es mío. Y el corderito, ¿es tuyo?

—Mío.

—Pero está roto.

—Sí, pero anda como si tal cosa. Y, además, bala como los corderos de verdad. ¿Y tu oso? ¿No bala?

—No.

—¿Y no anda tampoco? ¿No puedes tirar de él, porque no tiene ruedas, no es verdad?

—No tiene ruedas, no.

—Entonces, tu oso no sirve para nada.

—No sé...

Bibí exhala un profundo suspiro.

—Oye: ¿quieres hacer balar a mi corderito?

—Bueno.

El corderito, viejo y deteriorado, pasa, a través de la reja divisoria del balcón, a las manos del nene rubio. Bibí le hace inclinar la cabeza y el corderito lanza un "¡Bee!..." delicioso y conmovedor.

—¿Quieres cambiarlo por mi oso?—pregunta Bibí sin poder contenerse más. Pepito responde afirmativamente, y el cambio se realiza sin más discusión.

Los dos chicos se divierten lo que no es decible. Bibí tira al aire el corderito para recogerlo en sus manos.

Pepito hace dar al oso tres o cuatro saltos mortales.

—Bueno, de aquí en adelante jugaremos siempre juntos, ¿verdad?—pregunta Bibí.

—Siempre. Yo paso casi todos los días en este balcón, o ahí abajo, en mi jardín. ¿Ves? Todas esas plantas son mías.

Mentira. Las plantas son de la mamá, excepto el geranio que, verdaderamente es suyo, porque se lo regaló la abuela, para que, cuidándolo, se fuese acostumbrando a la floricultura. Pero, ¿qué importa después de todo?

Pepito está muy contento con el cambio y le parece que el mundo entero es suyo. Le parece... Ahora que, aunque el mundo entero sea suyo, será preferible que no diga a nadie que también el oso es de su propiedad. Así, pues, se esconde el oso bajo la marinera, se despide de Bibí y entra en su casa en busca de la merienda. Luego sale a paseo con la mamá, y ya no ve en todo el día a su nuevo amigo.

III

Llega la hora de cenar. El padre, la madre y Pepito están sentados a la mesa, ante la sopa humeante, cuando entra la criada y dice:

—Señora, el nuevo vecino de al lado ruega a la señora tenga la bondad de ir un momento al balcón... Quiere hablarla...

—¿Qué querrá ese caballero?—pregunta el padre, sorprendido.

La mamá se quita la servilleta, se echa sobre los hombros un chal, y sale, seguida de Pepito.

—Usted dispense—le dice un hombre alto, moreno, con voz destemplada—. ¿Es este juguete de su hijo? Muy bien. Pues haga el favor de tomarlo y de devolverme el oso de mi hijo, que me ha costado sesenta pesetas. La verdad sea dicha... este cambio no me parece... muy decente. Y haga el favor de

decir a su hijo que no vuelva a cambiar nada más con el mío.

La madre contesta, avergonzada:

—Perdone usted, señor. Yo no sabía una palabra de nada de esto. Pepito, ¿tienes el oso del vecino? ¡Dámelo!

Pepito saca el oso de su escondite, se lo da a su madre, y ésta al vecino.

La madre entra en la sala, cierra el balcón, frunce el ceño de una manera inquietante, y da unos cachetes a Pepito.

—¡Para que vuelvas a meterte en cambios otra vez! ¡Y si lloras, te doy otro!

Llega al comedor, y se desahoga con el marido.

—Acabo de sufrir la mayor vergüenza por culpa de este demonio de niño. Figúrate que había cambiado su cordero por un oso flamante que acababa de costar al vecino sesenta pesetas. Y me ha llamado el padre para que se lo devuelva.

El padre se pone colorado como un tomate, y dice, aunque sin enfadarse mucho:

—Los niños no deben de hacer cambios de ninguna especie.

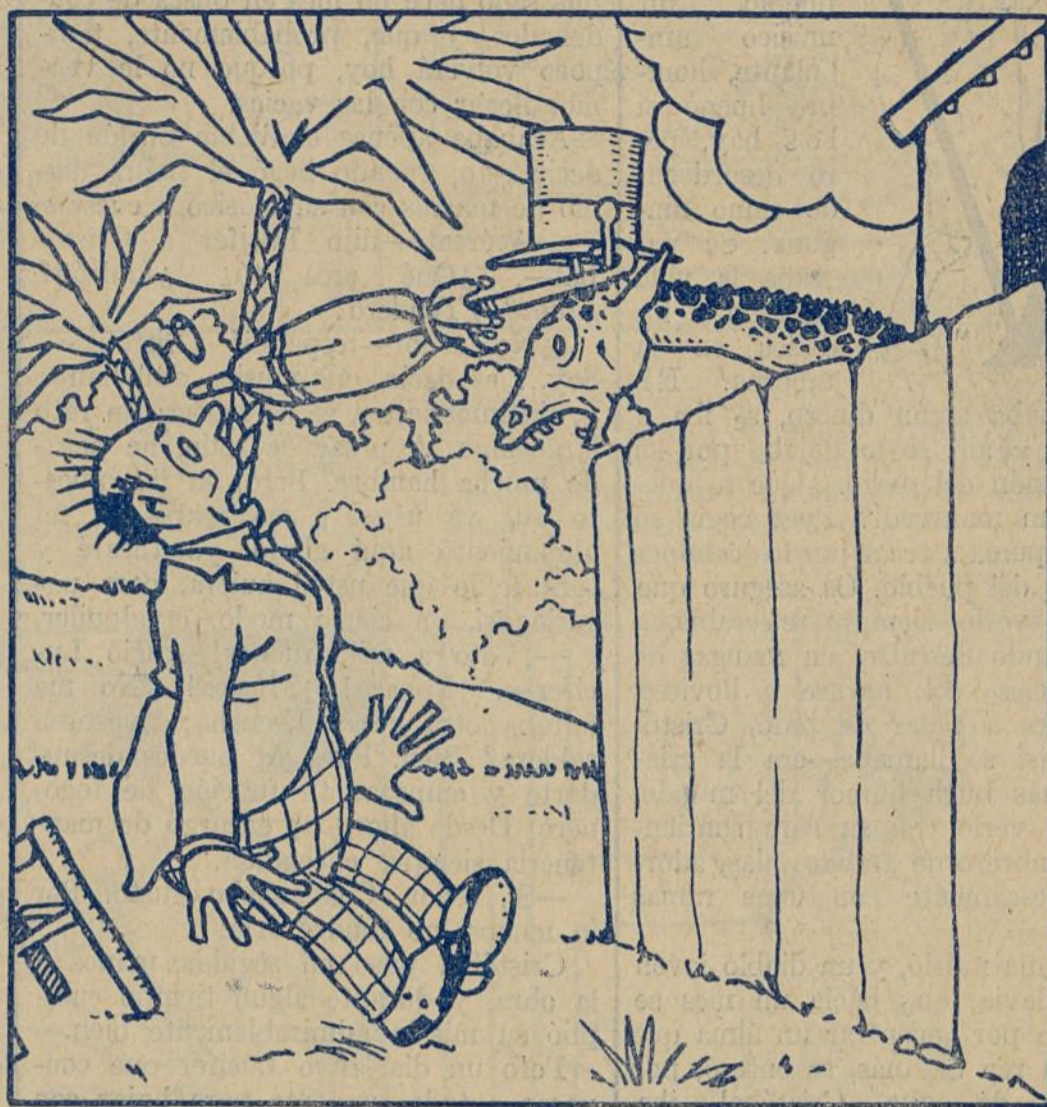
Sigue la cena silenciosa. Los tres comen de prisa y sin ganas. La madre suspira de vez en cuando...

IV

Al día siguiente, Pepito tiene una gran sorpresa: su padre vuelve a casa con su viejo bastón.

—¡Oh, papá!—le dice Pepito—. ¿Cómo traes tu bastón de siempre? ¿No lo habías cambiado?

—Sí, pero había sido—responde el padre sonriendo—un cambio de broma, de mentirijillas. ¿Tú comprendes que yo hubiera podido quedarme con un bastón que valía mucho más que el mío? Además, eso de los cambios es una cosa muy fea. Vale más no hacerlos.



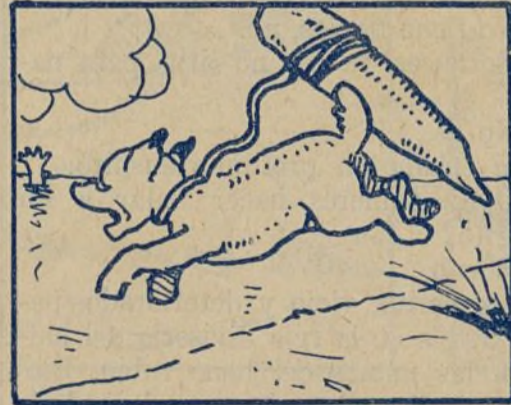
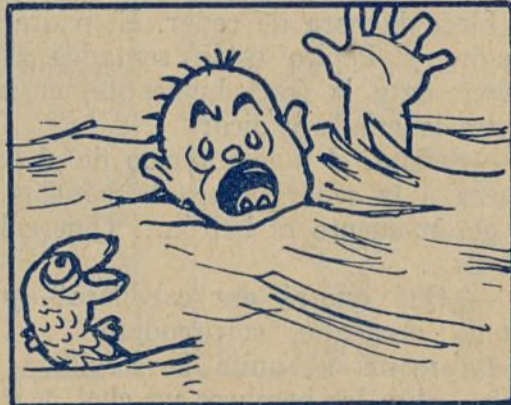
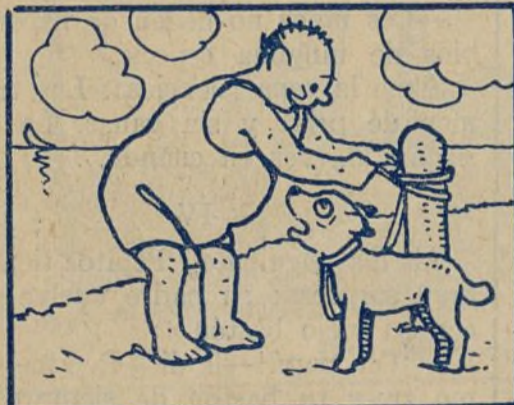
El sabio doctor Cacasenus, gran explorador de las salvajes regiones de la India, al regresar de una de sus excursiones por la selva, sudoroso y fatigado, ve una valla de hermosas pirindolas que vienen de perilla para colocar el paraguas y el sombrero de copa. Cuelga, pues, el paraguas, se quita

el sombrero y con gran cuidado lo coloca en la improvisada percha. (que se cree él eso, pero que no es eso...) que es la cabeza de una jirafa que, al verse con semejantes adornos da a nuestro sabio un susto que lo deja tonto muchísimo más que ya lo era, y para toda su vida.



Caramba, mi Jefe, don Cástulo, está en la acera de enfrente. Como venga para aquí, vaya saludo que le voy a hacer. ¡Hasta le voy a presentar armas!— Mientras esto pensaba el joven explorador Polito, su amigo Zacarías piensa jugarle una mala pasada. Para lo cual cogió un enorme cepillo de barrer, y con gran cautela lo coloca en el extremo del palo de nuestro intrépido explorador, mientras éste, ajeno a la maniobra, piensa para sus adentros: "¡A ver cómo te portas, Polito!... que esto te puede valer

un ascenso. Ya se acerca, preparémonos." Y se cuadra militarmente, preparándose para "presentar el palo" con toda la marcialidad posible. Mientras el travieso Zacarías, apoyado en el alféizar, ríe a mandíbula batiente pensando en su gran ocurrencia debida a su ingenio. Risa que le dura muy poco, pues al llegar don Cástulo, Polito eleva el palo con inusitada rapidez, cortando la risa y hasta el resuello al amigo Zacarías que sin pensarlo, es así víctima de su propia fechoría para escarmiento de sus travesuras.



Don Fulgencio, gran enamorado del mar, no deja pasar un solo día sin bañarse. Llega a la playa, ata a Sócrates (su perrito) a un madero para que le guarde la ropa, y se zambulle en el líquido elemento. Pero un día, cuando más tranquilo nadaba, sea porque le diera un calambre o bien porque las olas ya no quisieran sostener semejante peso, la cuestión es que em-

pezó a hundirse, y ante el peligro comenzó a dar enormes berridos. Los cuales oyó el bueno de Sócrates, conoció que eran de su dueño, y como perro que se estime en algo, ya no pensó más que en salvarlo, y dando un enorme estirón se fué al agua con madero y todo... Lo que les vino de perilla, lo mismo a él que a su dueño, pues así se realizó el salvamento.